

## CAPITULO XI.

SIGUE VAZQUEZ CORONADO SU EXPEDICION PARA LA  
GRAN QUIVIRA: RELACION DEL DESCUBRI-  
MIENTO DEL RIO TIZON POR EL CAPITAN MELCHOR  
DIAZ: PARTE EL GENERAL VAZQUEZ  
CORONADO PARA LA PROVINCIA DE TIQUEZ: REBELION  
DE LOS INDIOS DE AQUELLA PROVINCIA,  
Y DE LA GUERRA QUE SE LES HIZO.

Quedan referidos en el capitulo VI los sucesos primeros de la expedicion del general Vázquez Coronado hasta que llegó á los primeros pueblos de Tzibola: veamos ahora lo que resultó de los descubrimientos de varios capitanes que fueron enviados de orden de este general por distintos rumbos. El capitan Don García López de Cárdenas (que quedó por maestre de campo en lugar de Lope de Samaniego, que, como dicho es, mu-

rió en Chametla), fué con treinta hombres de á caballo recorriendo las tierras que caen más abajo de Tzibola hácia la mar del Sur; y á una jornada del primer pueblo de Tzibola, donde habia salido, encontró otro semejante en su poblacion y número de casas, fabricadas de la misma manera, que se llamaba *Tucayan*. Preguntó si habia otros pueblos en las cercanías; y como no le dieron razon clara de si los habia ó no, corrió de una parte á otra, y en más de quince dias de marcha que hizo para reconocer la tierra, no halló rastro de pueblos ni de cosa de consideracion, siendo toda ella montuosa y fragosa: al fin hizo alto este capitan con su tropa en una gran barranca muy profunda, entre cuyas peñas corria un rio caudaloso, y como habia noticia del rio Tizon, presumieron que seria aquel que vetan. Quiso el capitan vadearlo; y no pudiendo por lo áspero de la barranca y porque por allí corria el rio muy precipitado y crecido, se conformó con haber llegado hasta sus orillas, y se volvió á la Provincia de los Corazones á dar razon de lo que habia descubierto por los rumbos que le señalaron. Habia quedado tambien en aquella provincia por Lugarteniente del Gobernador Don Tristan de Luna y Arellano, por muerte de Lope de Samaniego, que debia (segun sus instrucciones) atender á la defensa y poblacion de la Provincia de los Corazones

ó Sonora, por ser el tránsito forzoso para lograr sus intentos de esta entrada, cuyo fin era ver si se hallaba paso y comunicacion para los que fuesen por el mar del Sur á estas tierras que forman el ancon de la California. Enteróse este capitán de las operaciones de Don García López de Cárdenas, y ambos resolvieron poblar y asentar una villa en el paraje que les pareció más á propósito, al cual pusieron el nombre de San Gerónimo de los Corazones, dejando para su resguardo un presidio de soldados entresacados de las compañías que iban á la expedicion mencionada. Quedó de Alcalde mayor y capitán Melchor Díaz, con el destino de ir á descubrir hácia la mar del Sur, y despues siguió su camino el capitán García López de Cárdenas hasta Tzinaloa, adonde llegó sin tener mal suceso; solamente experimentó una gran nevada cuatro días ántes, de que se fatigó un poco su gente; pero se repuso é invernó en Tzinaloa, donde las casas eran razonables y de buen abrigo. Llegó el tiempo de marchar para su descubrimiento el capitán Melchor Díaz, dejando en buena disposicion la nueva poblacion de San Gerónimo, y por su Lugarteniente en su ausencia, para que la fomentase y defendiese, á un vecino honrado llamado Juan de Alcaraz, que habia sido conquistador de Culiacan. Llevó consigo la mitad de los soldados de

aquel presidio, y para provision de víveres gran cantidad de carneros que, conforme al estilo de aquellos tiempos, conducian por delante, dejándolos ir por su pié, y caminaban como cuatro ó cinco leguas sin estropearse, manteniéndose gordos porque siempre iban comiendo. A más de este socorro tan importante para no perecer de hambre en los páramos que atravesaban en tierras incógnitas, llevó de prevencion bastante harina de maiz tostado para formar el *pinole* y otras cosas, de suerte que pudiese estar abastecida su gente para muchos días sin padecer necesidad. Dirigió su marcha por aquellos parajes que le parecieron más derechos, segun las noticias que habia adquirido de ellos, para dar más presto con las costas del mar del Sur; y al cabo de algunos días de camino por tierra fragosa, habitada por unos indios muy pobres, pocos y de un trato ruin y miserable, que creyó serian de las tierras que forman el ancon de la California, que se tenia todavía por isla poblada de mucha gente, bajó las sierras que corren por el Poniente, y encontró, en las llanuras inmediatas, una gente de grande estatura, de casta de gigantes, muy mansos, con quienes se avino muy bien, y con ellos fué recorriendo las orillas del mar, donde tenían sus rancherías. En todas ellas estuvo él y su tropa, regalado con mucho pescado, que era casi la

única comida de estos indios, sin embargo de que tenían algun maíz de que echaban mano; y en recompensa de su agasajo les dió el capitán varias piezas de rescate y abalorios, con que quedaron muy contentos; y despues de haberlos tratado con mucho amor, fué con ellos marchando como unos tres ó cuatro dias hasta encontrar un rio grande, muy profundo y ancho, en el cual pueden entrar navios, porque allí se desemboca en el mar. Por toda aquella costa andan estos indios corpulentos, desnudos en el rigor del frío, que lo hace allí muy grande, porque aquella tierra se va metiendo mucho al Norte; y cuando caminan de unas rancherías á otras, en lugar de ropa llevan un tronco ardiendo por delante, y así que tienen suficientemente caliente el pecho y la cara, vuelven el tizon á las espaldas, calentándose de este modo todo el cuerpo; y no caminan de otra manera estos indios, por cuyo motivo nuestros conquistadores le pusieron por nombre el Rio del Tizon, y se tuvo entónces por cierto que este es el rio de la gran barranca que vió Don García López de Cárdenas y los que fueron con él á las tierras que caen más abajo de lo de Tzibola.

Ahora que escribo esta expedicion del capitán Vázquez Coronado, digo con el padre fray Francisco Garcés, hijo del colegio apostólico de la Santa Cruz de Querétaro (quien ha corrido toda esta

tierra en su viaje del año de 1775), (\*) fundado en su relacion, que he visto, que tuvo noticia, estando este padre en los Naches, que este rio viene á desaguar en los tulares inmensos que caen hácia la mision de San Luis adelante como cien leguas, juntamente con el de San Felipe ó muy cerca de él, y que, segun los informes que le dieron los indios, viene del Nordeste; por lo que le vino al pensamiento que puede ser el rio que llamaron del Tizon en la expedicion que el año de 1604 hizo Don Juan de Oñate desde el Nuevo México. Que tambien este rio grande es sin duda aquel de quien le dierron noticia al reverendo padre fray Juan de la Asuncion Olmedo, religioso de nuestro padre San Francisco de esta Provincia de Michoacan, cuando el año de 1538 entró por Tzinaloa por mandato del R. P. Fr. Márcos de Niza, como tengo referido en el capitulo IV de este tomo, no cabe duda. Se dice en la relacion de su viaje, que habiendo caminado este religioso como seiscientas leguas al Noroeste de México, llegó á un rio tan grande y caudaloso, que le impidió el paso. Este rio es, en el concepto del padre Garcés, el que ahora se llama *Colorado*, y añade, que los indios del rio le dijeron que á diez jornadas al Norte habia otro rio

(\*) Diario del padre fray Francisco Garcés, de su viaje del año de 1775, mihl, ms., número 5.

mayor (que en mi juicio es el Missouri, que hoy es conocido por el Rio del Norte, y más adelante cae el grande de Navas, que descarga sus aguas en el Colorado, ó tal vez se puede conjeturar que es el Rio Grande del Norte), poblado de mucho gentio, y explicaban su multitud con puñados de arena; que tenian casas de tres altos, amurallados sus pueblos, y andaban vestidos y calzados de gamuzas y mantas de algodón. Para afirmarse en este pensamiento, dice tener los fundamentos graves de que viniendo del Nordeste este rio, respecto del paraje donde le dieron noticia de él, corresponden las diez jornadas hasta el rio que dice la noticia antigua. Tambien en el vestido conviene, pues á más que todos los tabipais van vestidos de gamuzas, y los moquis con mantas, como lo ha visto, le dijeron los tamaiahs, que todas las gentes que ellos tienen al Norte, andan vestidas. En las casas y pueblos amurallados, de que le dieron noticia los indios al padre Fr. Juan de la Asuncion, no hay ninguna dificultad en creerlo, á vista de lo que se registra en el mapa, pues tiene las casas de dos y tres altos, y por la parte que entró el dicho padre Garcés en Oraivo, más parecia muralla que casas; pues, como lo dice en su Diario, por esta parte no tenian ninguna ventana: por todo esto se afirma en que son verdaderas las noticias de la relacion citada.

Añade, que tambien encuentra noticia de este rio en la para él muy verídica relacion de la jornada del capitan Francisco Vazquez Coronado, de que voy tratando, hecha el año de 1540 á 41 por orden del señor virey D. Antonio de Mendoza, porque casi todo cuanto dice lo ha visto. El pueblo Bacapa, de que habla, se halla hoy dia, con el nombre de Quitobaps, en la Papageria, pues apa, en lengua pima, quiere decir en, y bac, quiere decir tule; y Quitobac, quiere decir en tule chiquito. El rio de las Balsas, de que hace mencion, es el rio Colorado. Dice, que siguiendo al Norte con algunas guiñadas, llegaron á la nacion Alchedo: por este mismo rumbo fué el padre Garcés á la nacion que llaman Talchedun. Todo cuanto dice del mar esta relacion, tiene mucha conexion. Las naos pequeñas se hallan en el Canal; el olor de ámbar lo ha advertido en su viaje, aunque duda si seria tal de ámbar, y lo mismo le contaron los que habian estado en el Canal. El que vieron gentes con el pelo crespo, y otras que lo tenian lascio, lo ha visto tambien. Dice que le señalaban su tierra hácia el Poniente: dijeron bien, porque serian de la isla de Santa Cruz que está al Poniente, y pudieron los descubridores no ver esta isla ni las otras del Canal si habia algo de neblina, como ahora tambien sucede. Los pabellones que dice la relacion vieron

en tierra, tienen mucho lugar con los que el citado padre vió de barro cocido en los cobajas, de que hace mencion en su Diario. Dice tambien la relacion que pasaron el Real, cerca de Moqui, y que despues, á seis jornadas, llegaron á los Llanos de Tzibola, que habitan las naciones que llaman *Baqueros*.

Estando el padre Garcés en los Tabipais, cercanos al Moqui, le dieron noticia de la nacion *Baquieba*, que, como se deja ver, es la misma que la relacion llama *Baqueros*, pues tambien se la señalaron á él hácia el Norte. El lino y el cáñamo que dice la relacion vieron, lo encontró igualmente el padre, y lo dice en su Diario. Supuesto, pues, que hasta aquí halló el mencionado padre Garcés la relacion tan acomodada á todo lo que vió en su peregrinacion apostólica con el intento de hallar paso desde el Moqui para el puerto de San Francisco, le da el mismo asenso; y en efecto, verémos en la continuacion de la jornada de D. Francisco Vazquez Coronado, que voy descubriendo, que las expediciones de estos tiempos no han hecho más que confirmar lo descubierto entónces, y que no se ha adelantado cosa nueva, y aun más allá penetraron nuestros soldados, pues llegaron hasta la provincia de Tiquez, ó Taguayo; y como se suspendieron estas expediciones por el discurso de muchos años, no pue-

de reconocerse su utilidad, como ahora se podrá percibir si se sosiegan las alteraciones de las distintas naciones que habitan estos vastos países hasta la mar del Oeste. Por lo mismo, prosigue la relacion del padre Garcés así: « A lo que continúa diciendo la relacion, « que desde « el sitio donde pararon en la nacion de los Ba- « queros, salieron los soldados hácia el Norueste, « y á las seis jornadas, á la orilla de un gran « rio, descubrieron una gran ciudad, de case- « rias de tres altos y cercada de altas murallas, « segun vieron de la cima de un alto cerro cer- « cano á la poblacion, llamada *Quivira*, de na- « cion Taguayo. Resuelve, que para su corto en- « tender, son verdaderas ésta y la otra relacion, y « que real y positivamente existen no solo este « rio grande, sino tambien las poblaciones que « refiere. » Volveré más adelante á tratar de este gran rio, y por ahora soy de sentir con el padre Garcés, que si se logra poseerlo, y bien descubierto su nacimiento y curso, de modo que se halle paso para bajar rio abajo hasta los tulares, y despues por ellos con embarcaciones pequeñas se llega á ir hasta el puerto nuevo de San Francisco, traerá mucha cuenta para el comercio, y quizás del Japon y China, pues llegando la nao al puerto de San Francisco, pudieran meterse los géneros por el puerto dulce y por los Tula-

res venir hasta el desembarque del rio Grande, y rio arriba subir para el Nuevo México, y así habilitar las misiones y presidios que se formasen tierra adentro; de suerte que con el comercio de China por este rio, y el de España por el Mississipi, pueden ser felices estas provincias internas de la Nueva España.

Conque habiendo llegado el capitan Melchor Diaz á este rio Grande, que por lo dicho tenemos, que sea el Colorado, cerca de su desemboque en el mar, se observó en unas lomas altas un árbol tirado al suelo en forma de cruz, en cuya corteza estaban esculpidas unas letras que decian: «*Al pié está una carta;*» y buscándola con cuidado, la hallaron dentro de una olla, bien envuelta para que no se humedeciese, y habiéndola abierto, decia su contexto cómo á tantos dias del mes y año de 40 habia llegado allí Francisco de Alarcon con tres navios, entrando por la barra de aquel rio, que era muy profundo, y que traia herraje, ropa y viveres para la tropa del general Vazquez Coronado, enviado todo por el virey D. Antonio de Mendoza, y que habiendo estado allí muchos dias sin tener noticia alguna de la gente y campo de este general, le fué forzoso salir de este puerto, porque se habian llenado los navios de broma, y iba á dar cuenta al señor virey de lo sucedido. Enterado el capitan Melchor

Diaz del contenido de esta carta, y hecho cargo de la incomodidad de aquella tierra, habitada de unos indios, aunque muy mansos, muy bozales, que no sabian dar razon de cosa alguna, ni de las tierras que se hallaban más allá del rio Tizon, anduvo tres jornadas de la otra parte del rio Grande para cerciorarse más de la calidad de la tierra, y al pasar el rio se vió en grande peligro, porque era preciso valerse de los indios, que pasaban á cada español en un cajón ó cesto grande de tule, que fabricaban y adobaban de un betun tan fuerte que no da lugar á que pase el agua: ponianse tres ó cuatro indios á los lados del cajón, y nadando ellos, lo impelian hasta la otra orilla del rio, gobernándolo como una canoa, y hasta las indias ayudaban en esta maniobra. El primero que se arriesgó y se metió en este fútil y peligroso barco, fué el capitan Melchor Diaz, y despues uno á uno fueron en esta manera pasando el rio, hasta que recogida toda la gente, anduvo las dichas jornadas sin hallar rastro alguno de gente, y por estar toda aquella tierra yerma, mala, y desproveida, determinó el capitan volverse á la nueva poblacion de San Gerónimo, y enviar relacion de su viaje al señor virey. Cuando llegó á la tierra de estos gigantes, que habia encontrado en el desemboque del rio Grande ó Colorado, quiso remitir al señor virey uno de ellos,

y para ese fin ordenó á unos cuatro soldados que cogiesen á un muchachon de gallarda presencia que andaba solo por el campo; pero hizo tanta fuerza y se defendió tan bien, que los cuatro soldados no pudieron amarrarlo, y daba tantos gritos que lo hubieron de dejar, y se escapó corriendo con gran velocidad á refugiarse en las rancherías de sus camaradas. Prosiguió el capitán Diaz su camino, regresándose para la nueva villa de San Gerónimo, y estando su campo en vela cerca de unas rancherías, dió en ladrar un perro, arremetiendo á los carneros que se llevaban de prevencion: salió el capitán á amenazarle, yendo tras él; y como no cesaba de ladrar, enojado le arrojó la lanza, que no le dió al perro, sino que se clavó en el suelo, y corriendo en su caballo al alcance del perro, tropezó con la lanza, cayó á tierra, clavándose por la ingle en su punta, y quedó como muerto tirado al suelo. Acudieron inmediatamente los soldados, y le dieron por muerto; pero como era hombre de grande ánimo, vuelto de su desmayo, él mismo se sacó la astilla de la lanza, y moribundo lo llevaron en unas andas á toda prisa á la poblacion más cercana, para que alcanzase confesion porque en ella asistia un clérigo; á poco de haberse confesado murió á los 18 de Enero de este año de 1541, y el campo marchó para la poblacion y villa de los

Corazones. Fué grande el sentimiento de todos los de la villa por la muerte de tan buen y valeroso capitán, que amaban mucho por sus bellas prendas. Habia sido capitán de Nuño de Guzman, capitán y alcalde mayor de la villa de Culiacan, y conquistador de aquella provincia: tuvo uno de los mejores repartimientos de indios que en ella se dieron, y pasó este repartimiento á D. Pedro de Tobar.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MEXICO

Al tiempo mismo de la desgraciada muerte del capitán Melchor Diaz, ya habia invernado el general Francisco Vazquez Coronado en el primer pueblo de Tzibola, y se disponia á mover su campo para hacer una entrada en la provincia de Tiquez, por las noticias que habia adquirido de su fertilidad y grande poblacion de india más culta que en lo que habia visto: contáronle en Tzibola, que habia de esta provincia á la de Tiquez de 60 á 80 leguas de camino, y que como á la mitad de él encontraria pueblos de buena fábrica. En efecto, despues de una marcha de 40 leguas entre páramos, llegó el general á divisar un pueblo situado en una eminencia rodeado de peñas que formaban una cerca, y tan apiñadas unas junto á otras, y con unos fosos ó derrumbaderos, que parecia una plaza fortalecida por su naturaleza, y aun con el primor del arte. La relacion que anda escrita del descubrimiento del

Nuevo México, hace mencion de este pueblo, á quien los nuestros llamaron *Atlaco*; mas no lo hace de los nombres de los pueblos, ni tampoco de esta provincia, conocida por el *Tiquez*, que es muy principal en toda esta tierra adentro, y se llamó así por un rio muy bueno que por toda ella corre, y solo el historiador Herrera mienta este rio, que dice, por yerro de imprenta desde luego, de *Huex*, debiendo decir *Tiquez*, y refiere que en sus orillas, de una banda á otra, en distancia de veinte leguas, hay quince pueblos de casas de azoteas de piedra y lodo, á manera de tapias; que las casas son de dos y tres altos, y que exceden á la regular construccion de los pueblos de Indias. El mayor de estos pueblos tenia como doscientas casas de alto, como las de *Tzibola*, con la diferencia de que las otras eran de pizarras lisas puestas unas sobre otras, con barro que servia de mezcla, y éstas de una tierra fuerte como una argamasa, teniendo, según se ha dicho, las puertas todas para adentro, y no besando el suelo, sino que están como ventanas, y suben á ellas por unas escaleritas de madera; y la primera pieza por donde bajan y entran por adentro de la casa es una sala terraplenada, como lo está toda la casa, y en una parte tienen un aposento donde las indias muelen el maíz con mas curiosidad que en ninguna de estas provincias,

porque tienen como una troje en él; hay allí fijadas en el suelo tres piedras de moler, la una muele frangollado y muy quebrantado el maíz, luego lo pasan á la otra, donde lo repasan, y queda más molido, y al fin en la otra le dan la última mano, quedando remolido, como debe estar, y si es necesario lo vuelven á repasar, y despues con esta harina hacen un pinole muy bueno; no hacen tortillas porque no tienen comales de barro, pero se valen de unas piedras lisas que resisten el fuego, donde las ponen, y encima echan la harina del maíz en consistencia de atole hasta que se cuece muy bien, y sacan un pan muy bueno y sabroso. En otras salas tienen sus camas y ropa, y en otra tienen sus trojes de maíz que se conservan dos años y más sin picarse. Su sustento es el dicho maíz, frijoles y calabazas grandes, las que preparan á modo de orejones, y las secan al sol para guardarlas todo el año: tienen muchas gallinas de la tierra, que llamamos pavos, en sus patios interiores, y dentro de las casas todos tienen sus temascales ó estufas debajo de tierra, muy abrigadas. No se vió en toda aquella tierra fruta alguna, mas que una especie de tunas muy chicas, coloradas, y bien ruines, y por ellas como por cualquier leve motivo deben de tener frecuentes enemistades y guerrillas unos con otros, porque en las más de las casas tienen sus troneras